

Cielo, y apagadas hoy por un nuevo sol que ha hecho su entrada triunfal por el horizonte. Esos reyes de la palabra y de la tribuna son siempre reyes para mí, por mas que estén caidos, y deslustrados sus blasones. El rayo que ha tocado sus frentes, los santifica á mis ojos: porque aun á las magestades mas excelsas realza y santifica la magestad del infortunio. Yo lo juro: si el parlamentarismo no hubiera condenado á muerte á la sociedad con una condenacion inexorable, ellos la hubieran salvado: para salvarla combatieron aquellos nobles combates, cuya grandeza recordará perpetuamente la historia. Yo los ví en su heroica porfia, disputando la sociedad al abismo que la reclamaba por suya: yo los ví tenerla suspensa entre el abismo y el Cielo muchos años; y quedé atónito ante el divino poder de la elocuencia, y el milagro de la palabra....

¿Y por qué no he de declarar todo lo que está escondido en mi pecho; aunque en mi pecho no haya sino debilidad y miseria? Yo no tengo valor para condenar la elocuencia, aunque la elocuencia sea culpable: que la condenen los justos: por lo que hace á mí, no sé como esto sucede; pero por mas que me ofenda su pecado, mientras mas peca, amo mas á esa bella pecadora.

De Vd. afectísimo respetuoso servidor,

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

## CARTAS POLÍTICAS

ACERCA

DE LA SITUACION DE FRANCIA EN 1851 Y 1852.

---

PARIS 4.º de abril de 1854.

Muy señor mio: Antes de entrar en la angustiosa relacion de las desventuras en que se halla envuelta y de que está amenazada la Francia, manifestaré á Vd. brevemente de qué manera comprendo yo el interés que pueden ofrecerle mis noticias respecto á los grandes sucesos de que esta nacion es, á un tiempo mismo, la víctima y el teatro.

Mi propósito no consiste en dar cuenta de los sucesos, á medida que ocurren y en su variedad infinita; siendo este, como es hoy dia, oficio propio de periódicos: tampoco lo es escojer entre los sucesos mas graves, para presentarlos en relieve; siendo este, como es, oficio propio de los telégrafos. Lo que á Vd. interesa, si no me equivoco, es que, dando por supuestos los hechos, de todos conocidos por las mil vias de trasmision que poseen todas las naciones civilizadas, esponga llana y sencillamente mi juicio sobre ellos, considerándolos en conjunto y en sus resultados generales; es decir, formando, acerca de los sucesos que ocurren y de los que pueden ocurrir, un juicio mas imparcial y mas exacto que el que suelen formar los partidos que combaten en la arena, ciegos las mas veces por el polvo mismo que se eleva en el campo de sus batallas.

Considerado bajo este punto de vista y desde esta altura el

estado de las cosas francesas, puedo afirmar, sin temor de ser desmentido por los hechos, que es deplorable y miserabilísimo, hasta el punto de quitar, al que atentamente lo observe, el último rayo de esperanza.

Esta nación está puesta, para su desesperación y para su tormento, entre abismos insondables y entre contradicciones invencibles: por un lado, tiene en horror á la República; y por otro, está en condiciones tales que, siéndole todo otro Gobierno imposible, la República le es de todo punto necesaria: su razón es monárquica, y monárquicos sus instintos: y sin embargo, con ser esto así, todos sus defectos son demagógicos, y todas sus calidades son republicanas. La dicha y la desventura proceden mas bien, en las naciones como en los individuos, de su carácter, que de su voluntad ó de su entendimiento. La dicha es de aquellos individuos y de aquellas naciones cuyo carácter es uno; y la desventura ha sido hecha para aquellos individuos y para aquellas naciones cuyo carácter, si puede decirse así, es doble y contradictorio. Despues de una lucha estéril, porque jamás la termina la victoria, las unas y los otros suelen acabar por un suicidio. La Francia, haciendo imposible la Monarquía, que echa de menos, y necesaria la República, que aborrece con todas sus potencias, despues de una lucha desesperada consigo propia, acabará, segun todas las probabilidades, por un suicidio, miserablemente. Lo que para mí no ofrece ningun género de duda, y lo que importa consignar desde luego, es que la Francia no se verá libre de la República.

No quiere decir esto que no pueda haber aquí una ó muchas restauraciones efímeras: todas, al revés, son posibles; y algunas de ellas, probables: el Imperio puede ser proclamado; pero no sería sino la sombra de un Imperio: la Monarquía Orleanista puede ser ensalzada otra vez sobre los escombros del trono de Julio; pero no sería mas que la sombra de la Monarquía Orleanista. La legitimidad, por último, puede ser restaurada; pero la Monarquía del Conde de Chambord no sería ciertamente, ni por las condiciones de su existencia, ni por su duración, la Monarquía del gran Clodoveo.

Todas estas restauraciones efímeras no serían otra cosa en realidad, sino fases diferentes del gran periodo republicano, que se extenderá indefinidamente por los anales sangrientos de la Francia.

Todo lo mas á que pudieran aspirar los partidos Monárquicos, sería á conservar la dirección de las cosas públicas, guardando las formas democráticas, que me parecen ya de todo punto invariables: pero aun eso va siendo cada día mas dudoso y mas difícil: los partidos aquí están acometidos por una rápida disolución, que ha comenzado por enflaquecerlos, y concluirá por anularlos. Entretanto, como último término del cuadro, y á espaldas de esos partidos que van enflaqueciéndose y anulándose, se levantan unas muchedumbres ateas, que tienen hambre y tienen sed, y que con el sufragio universal tienen en su mano la maza de Hércules. El día, no lejano, en que estas muchedumbres caigan en la cuenta de su omnipotencia propia y de la flaqueza radical de aquellos partidos; el día en que, cansadas de ver dirigir por manos ajenas la maza que tienen en sus manos, quieran dirigirla obedeciendo solo á la omnipotencia de su albedrio; ese día, la nación mas poderosa del mundo caerá en aquel abismo sin fondo y sin nombre en que ha caído, para escándalo del mundo y oprobio de las gentes, la raza mejicana. Las muchedumbres harán lo que hacen siempre, lo único que pueden hacer, lo único que han hecho, cuando han penetrado violentamente por los campos de la historia: crearse á sí propias tiranos efímeros, forjarse ídolos de una hora, que salen de la nada para serlo todo, y dejan de serlo todo para volver á la nada.

El instinto de estos grandes peligros, aunque no claramente formulado, está en el corazón de todos los franceses: y aun por eso están en circulación infinidad de remedios preventivos, á que llaman *soluciones*: los franceses no consideran que lo que necesitan, no son muchas soluciones, sino una sola verdadera; y cabalmente porque son muchas las propuestas, no hay ninguna posible. Los Imperialistas, con su solución imperial, son lo que una gota de agua en el mar Océano: los Legitimistas, con su solución mo-

nárquica, son una gota de agua en un rio caudaloso: los Orleanistas, menos mal librados que los demás, serán si acaso, con su monarquía de tornasoles, una gota de agua en un estanque. Aunque estos diversos partidos se juntáran en una restauracion definitiva cualquiera, seria para todos juntos obra de romanos: fraccionados como estan, es para todos una obra imposible.

Por eso, el instinto de su propia conservacion los lleva á unirse: la union, empero, aconsejada por el instinto, es perpétuamente impedida por los rencores; siendo un fenómeno muy digno de notarse, que los partidos y la nacion son víctima de unas mismas contradicciones. La nacion está condenada á permanecer en el golfo republicano, de ella aborrecido, y á no arribar jamás al puerto de la Monarquía, de ella tan deseado. Los partidos á su vez están condenados á la perpétua hostilidad que aborrecen, mientras que ven desvanecerse como una sombra el sueño de la union, que tan ardientemente anhelan, y tan constantemente ambicionan.

Nunca se ha hablado tanto de fusion, como en estos últimos tiempos: solamente que las fusiones, como las demás cosas francesas, han sido contradictorias: hoy no parece sino que la fusion entre las dos ramas Borbónicas está próxima á concertarse; mañana ya se han desvanecido todos esos conciertos, y se habla como de cosa averiguada, de conciertos y tratos de otra índole entre el vástago del trono Imperial y una de las dos ramas Reales: un dia despues, se anuncia ya como cosa averiguada, que todos los conciertos han abortado, y que todos los contratos se han roto. La union es posible en los partidos, como la Monarquía en la nacion; es decir, en calidad de un hecho efimero y transitorio: todos estos partidos están condenados á una perpétua hostilidad, como la nacion misma á una República perpétua. Los partidos podrán unirse en un peligro inminente, pasado el cual, volverá la desunion, que es cabalmente lo que concita y llama á los peligros, envueltos todos de esta manera y encerrados en un círculo vicioso. En otra ocasion consagraré una carta especialmente á esponer á Vd. cuál es la fuerza relativa de los partidos en Francia: por hoy, seria cosa fuera de mi propósito descender á estas particularidades.

Todas estas voces de fusion, que se cruzan y llenan los aires de rumores, tienen su origen en la crisis pavorosa que debe terminarse en Mayo de 1852, por la eleccion de una nueva Asamblea y de un nuevo Presidente, segun está prevenido por la Constitucion del Estado. Solo con la expectativa de este plazo fatal, la crisis que habia de provocar mas adelante, se ha venido ya encima. Las noticias que llegan de los Departamentos, son tristes y deplorables. La industria se detiene: el comercio se para: las transacciones se interrumpen: el metálico huye: los talleres se cierran: los obreros pasean las calles ociosos, y piden estrecha cuenta á esta sociedad culpable, que habiendo pervertido todas sus ideas sin mejorar su condicion material, despues de haberles quitado su Dios, los deja sin alimento. La situacion es tal, amigo mio, que ningun hombre eminente cree posible que pueda prolongarse hasta el término Constitucional; no pudiendo ni concebirse siquiera que esté un año entero en este trance mortal una sociedad industrial y civilizada. La solucion, mala ó buena, vendrá en este año necesariamente.

Cuál será esta solucion? Todos lo preguntan, y nadie lo sabe: secreto es este escondido á todos, patente solo á los ojos de Dios, que dirige y gobierna personalmente las cosas humanas. Sin embargo, en medio de esta tremenda oscuridad, hay algunos puntos luminosos. Es una cosa segura, por ejemplo, que en la Asamblea no habrá en Junio próximo la mayoría que exige la ley para decidir que la Constitucion será revisada. Esto supuesto, la Francia está entre la prolongacion de la crisis hasta su término Constitucional, que es la muerte; y un golpe de Estado, que puede llevarla á ese mismo término por diferente camino. El golpe de Estado puede venir, ó del Presidente, haciendo un llamamiento al sufragio universal, ó de la Asamblea misma, declarando que há lugar á la revision, por una mayoría ordinaria, si lograrse el Presidente tenerla, (cosa que ofrece grandes motivos de duda) ó por el pueblo mismo, reeligiendo al Presidente, contra lo prevenido en la ley política del Estado. En todos estos casos, la solucion no seria mas que aparente. Supuesta la prolongacion de los poderes Presiden-

ciales, falta todavía por averiguar cuál ha de ser la Constitución de la Cámara futura, de la cual depende todo en definitivo. Si el sufragio universal dá por resultado una Asamblea conservadora, la Francia podrá ir arrastrando penosamente su existencia, con un nuevo Presidente ó con el Presidente antiguo; si la Asamblea fuese turbulenta y facciosa, comenzaría por deponer á su Presidente, ya fuese el antiguo, ya fuese el moderno.

Me ha parecido conveniente hacer aquí esta observacion, porque en Francia la opinion general es que la cuestion principal está en la prolongacion de los poderes Presidenciales: en lo cual, segun mi modo de ver, la opinion pública va errada, y la Francia se equivoca. No diré yo que esta cuestion sea indiferente: afirmo, al revés, que es importante; y añado que la prolongacion de los poderes del Presidente actual seria para la Francia y para la Europa un suceso dichoso: digo solo que hay otra cuestion mas importante todavía: la que consiste en averiguar el color político de la Asamblea que ha de salir de las urnas populares. En definitiva, el Presidente es súbdito, y la Asamblea soberana: de donde se sigue que importa mas averiguar la índole de la Asamblea, que las cualidades del Presidente.

Mi opinion particular es, si en estas cosas es posible formar opinion, que el Presidente, de una manera ó de otra, será reelegido; pero al mismo tiempo soy de parecer que el pueblo, monstruo compuesto de infinitas contradicciones, enviará un Presidente moderado á una Asamblea roja, y una Asamblea roja á un Presidente moderado. Estas contradicciones absurdas no son posibles cuando es un partido el que hace la eleccion, como sucede en los Gobiernos Constitucionales; pero deben de ser cosa comun, cuando las elecciones son hechas por ciegas y estúpidas muchedumbres. En Francia, hoy dia, es popular Napoleon por su nombre; y son populares los Socialistas por sus promesas, y sobre todo, porque no mandan. De donde saco, como consecuencia natural, que el pueblo enviará á un mismo tiempo á Napoleon y á los Socialistas; con lo cual se dará como de paso el democrático placer de asistir á una deposicion; ó lo que es lo mismo, á una guerra civil,

seguida de una usurpacion Imperialista ó de una absorcion revolucionaria; si es que no asiste al espectáculo de una gran acusacion, de un pavoroso juicio, y de una terrible sentencia.

Todo esto es en la suposicion de que las cosas caminen lentamente; porque lo imprevisible, ese Dios ciego de los pueblos culpables, gobierna las cosas de Francia con un imperio absoluto: y lo imprevisible puede ser un cataclismo, el mes que viene; la guerra civil, la semana próxima; una sublevacion, mañana.

En estas circunstancias, amigo mio, no cumplirian Vds. con su deber sino llamaran la atencion del Gobierno Español hácia la imperiosa necesidad en que está de mirar por sí desde hoy mismo, precaviéndose contra los peligros ciertos que nacen de esta situacion desesperada. Las aguas del diluvio democrático pueden inundar la Francia el dia que menos se piense, y salvar los Pirineos. La junta democrática, creada en esta Capital para tener los ojos puestos en las cosas españolas, sin ser hoy dia un acontecimiento importante, puede ser mañana una cosa importantísima. En este estado, el Gobierno Español tiene que hacer dos cosas desde luego: lo primero, concentrar todas sus fuerzas disponibles del ejército en las provincias Pirenáicas: lo segundo, interesar á toda costa á esas provincias, baluarte fortísimo de la independencia nacional, en la causa santa de la independencia Española.

Ignorante en las cuestiones económicas, no sé hasta qué punto pueden ser fundadas las reclamaciones de la industria catalana, ni hasta qué punto, económicamente hablando, pueden tener razon las provincias meridionales: solo sé, como hombre de Estado, lo siguiente: que las consideraciones económicas no deben prevalecer en ningun caso sobre las consideraciones políticas, que son de índole y de naturaleza mas alta; y que las consideraciones políticas aconsejan hoy imperiosamente interesar en la defensa, desesperada si fuera menester, del territorio Español á las provincias de Cataluña.

Por esta misma razon, creo urgentísimo dar una solucion, é inmediata, á la cuestion de los Fueros de las Provincias Vascongadas: mi opinion es que, en todo caso y en cualesquiera cir-

cunstancias, será cosa no solo justa, sino tambien conveniente, la conservacion, un tanto modificada, de esos antiquísimos Fueros, que forman una parte esencial de nuestras glorias nacionales. No me sería difícil demostrar que todas las razones alegadas en contra de su conservacion no son otra cosa sino la expresion de instintos niveladores y revolucionarios. Sea de esto empero lo que quiera, y aunque se dé por sentado que los Fueros son una cosa detestable, paréceme á mí que, en las circunstancias en que puede hallarse la Nacion, de quien las Provincias Vascongadas son como la fortaleza, destruirlos, ó siquiera aminorarlos, sería grandísimo error y notorio desacierto.

De Vd. afectísimo S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS.

---

PARIS 15 de abril de 1851.

Muy señor mio: La mudanza de Ministerio ocurrida aquí últimamente no ha producido mudanza ninguna esencial en el semblante de las cosas públicas. El Ministerio se compone de personas que todas han servido en calidad de Consejeros al Presidente de la República, si se exceptúa Mr. de Crousehilles, que entra por primera vez en el Gabinete, como representante de los legitimistas moderados. El elemento, sin embargo, que prevalece en la actual combinacion, es el del último Ministerio, que dejó el poder á consecuencia de una votacion célebremente hostil de la Asamblea Nacional.

Considerado el Ministerio en sus relaciones con el Presidente, no es mas que la continuacion de los Ministerios anteriores, adictos á su persona. Considerado en sus relaciones con la Asamblea Nacional, deja en pie, como los otros, todos los gérmenes de discordias que la desconfianza ha venido acumulando entre los poderes públicos. Considerado con respecto al pais, representa una fuerza mayor de repesion que los Ministerios anteriores. Considerado, por último, en sí mismo, y en su composicion y estructura interior, se echa de ver desde luego que no hay en él la homogeneidad que fuera de desear, y que es de todos apetecida: entre Mr. Baroché, Ministro de Negocios Estranjeros, y Mr. Fauchet, Ministro